

El miércoles 18 de junio tuve la oportunidad de poder presenciar una audiencia del juicio de La Perla. Estos juicios se tratan de la época de los militares y los que declaran son las víctimas sobrevivientes o familiares de desaparecidos.

Entré a la sala y sentí una muy mala energía, no solo estábamos nosotros, los fiscales los jueces, las víctimas, etcétera; sino que también estaban todos los acusados. Los tenía muy cerca y nos dividía solamente un vidrio. Eso me generó una cierta tensión.

Ese día declaraban cuatro personas. Yo escuché los primeros tres testimonios.

Las dos primeras eran hermanas. La primera era una mujer de 67 años a la que habían secuestrado cuando tenía alrededor de 23 años en la casa junto a su hermana menor. Si bien antes de entrar al juicio tenía conocimiento sobre el tema y también sabía sobre algunos casos, ver que cerca de mí tenía a una persona que habían raptado, maltratado y que detrás de ella estaban algunos de los que causaron estos hechos horribles, me hizo poner muy nerviosa.

Luego entró su hermana. Esta víctima fue la que más me afectó ya que la habían raptado cuando tenía 17 años, y me hizo pensar que es como si nos hubiesen raptado a nuestra edad. Fue muy chocante.

La tercera víctima era otra mujer: cuando la secuestraron, ella estaba embarazada de siete meses. En su tiempo de secuestro pasó por muchos lugares: por la policía, gendarmería de Deán Funes, y otro lugar que ella no recuerda. Los peores tormentos durante su secuestro los vivió en Campo de la Ribera. Finalmente, cuando deciden blanquearla, la envían a la cárcel de mujeres. Ella ya estaba por tener a su hija. La llevan a la maternidad y puede tener a su hija muy sana. El miedo que venía después es qué iban a hacer con su hija. Ella pidió que llamaran a un familiar para que se la lleve, pasaron los días y volvió a la cárcel y una de las monjas le dijo que iba a ir su hermana a buscar a la nena. Si bien ella no creyó en nada de lo que le dijo, pidió que por favor la dejen ver cuando le dieran su hija a su hermana, y así fue como las monjas le permitieron que viera cómo le entregaban la niña a su hermana. Lamentablemente, ella compartió cautiverio con algunas mujeres embarazadas cuyos hijos no tuvieron la misma suerte y fueron apropiados por los militares. Estos niños aún son buscados por las famosas Abuelas de Plaza de Mayo.

Es imposible pensar que personas como los militares hayan sido tan fríos para jugar de esta manera con las personas.

La verdad me gustaría volver a ir porque me parece un tema muy interesante y que no se puede olvidar, ya que las personas de nuestra edad, en algunos casos, no se dan cuenta de la gravedad de la situación.

**Micaela Colansky**